

no una plegaria en nuestro favor. Que no nos contaminemos con las doctrinas del error que pululan hoy en el seno de la sociedad cristiana: Que se alejen de nosotros las enfermedades contagiosas que siembran el luto y la desolacion en las familias: Que fructifiquen nuestros campos, y lo que nos es mas importante que todo, que alcancemos la divina gracia, para que viviendo adornados con esta preciosa joya en la práctica de las virtudes, nuestra muerte sea preciosa en los divinos ojos del Señor, para tener despues la dicha en vuestra compañía de disfrutar de las delicias que proporciona una dichosa inmortalidad. Amen.

## SERMON PANEGIRICO 1.º

PARA EL DIA DE

### SAN JOSÉ, ESPOSO DE NUESTRA SEÑORA.

*Joseph vir ejus cum esset justus.*

José esposo de María que era un baron justo.

Math. c. I, v. 19.

Con decir que José era justo, está formado, señores, el mas completo panegirico del esposo de María. Quanto con su elocuencia pudieran decir los Quintilianos y Tulios, los Crisóstomos y Agustinos, con los demas célebres oradores, así sagrados como profanos, que han llamado la atencion del mundo por la brillantez y hermosura con que han pintado sus elevados pensamientos, seria nada en comparacion del elogio que el mismo Espíritu Santo ha dejado consignado en las sagradas páginas, para hacer célebre y glorioso el nombre de José, de quien puede decirse con mas motivos que del sábio Rey Salomon, que no tuvo semejante en las edades del mundo ni le tendrá en los siglos futuros. José es justo y á esta

espresion del mismo Dios, ¿qué podrá añadir el mas sábio y elocuente de los predicadores evangélicos? José es justo: está testimoniado por el Excelso, y si nada será capaz de añadir á este elogio el mas profundo teólogo, ¿cuál será mi pusilanimidad al verme comprometido á panegirizar las glorias de este justo, toda vez que soy el menos apto, el mas ignorante de cuantos tenemos la honra de ocupar la cátedra sagrada? Pensamiento es este, señores, que me hubiera hecho rehusar el honor de ser en este dia intérprete de la Divina palabra, si no conociese que los ministros de la Religion estamos obligados, sea mucha ó poca nuestra ciencia, á trabajar en la viña de Jesucristo, ora combatiendo los errores, ora celebrando las virtudes de los santos para ponerlos por modelo al pueblo cristiano.

Convencido de esta obligacion, he admitido el cargo que se confiara á mis débiles fuerzas; registro los Padres de la Iglesia, leo con atencion la doctrina de los expositores, y al ver que todos convienen en que José fué el mas casto de todos los esposos, el mejor de todos los padres, el archivo de los secretos de la Divinidad, el nutricio y tutor del mismo Verbo encarnado, el custodio y protector de María, el centinela del tabernáculo del mismo Israel, la cabeza de la familia mas santa, conozco que todas estas prerogativas, estas gracias singulares, jamás dispensadas á hombre alguno, no serian mas que fantasmas de grandeza, separadas de la justicia que fué su principal carácter, el distintivo notable que le distingue. Dígase en buen hora en elogio del santo patriarca, que destinado por una predileccion especial al mas noble y mas augusto de los ministerios, unió sobre

sus sienes cuantas diademas se dispensaron á los antiguos héroes, que tuvo las luces de los profetas, para penetrar secretos eternos: que estuvo adornado de la fé de los apóstoles para descubrir entre las sombras de la carne las grandezas de la divinidad; de la castidad de las vírgenes, para vivir en compañía de la mas pura de las mujeres sin ofender su virtud, y de la fortaleza de los mártires para salvar de los peligros á su Dios. Todo esto y mucho mas que pudiera decirse, está compendiado, esclama el Padre San Jerónimo, en estas breves espresiones: *José es justo*. ¿Y por qué? Porque su familia fué una procesion de las virtudes todas: una justicia iluminada, sábia y prudente, una justicia valerosa, constante, humilde y misericordiosa. *Joseph justus*, José justo por excelencia; ved aquí la divisa de su mérito.

Supuesto este principio y para no desviarme en nada del elogio que he puesto al frente del discurso, tomado del sagrado Evangelio de San Mateo, voy á presentar á José el justo, discreto y prudente, en la mas delicada de las tentaciones, y será la primera parte de mi oracion, y en la segunda os lo haré ver adornado de una humildad tanto mas profunda cuanto mas alta es la dignidad á que se ve elevado. De este modo conoceréis en su prudencia y humildad los timbres de su justicia. Tengo propuesto el plan y objeto del panegírico del Esposo de María.

Vírgen purísima, Madre de mi Dios y Esposa de José, pues que tan interesada sois en las glorias de vuestro casto esposo, alcanzadme la gracia necesaria para desempeñar el ministerio de la divina palabra, toda vez que os lo suplicamos repitiendo devotos la salutacion angélica. *Ave María*.

## PRIMERA PARTE.

Si yo quisiese comparar en esta mañana la discrecion y prudencia de los mas perfectos matrimonios, tales como Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Raquel y Jacob, con María y José, no haria mas que presentar débiles bosquejos. Solo José entre los casados debia gozar el privilegio de justo. Era necesario, dicen los Padres, que todo fuese singular y extraordinario en un hombre elegido por la Santísima Trinidad, para compañero de la mas pura de las criaturas. A un hijo nuevo, á una madre singular, correspondia sin duda un padre extraordinario, dice San Agustin. Todo lo que se nos presenta en la familia de Jesucristo, es admirable. Una sola entre las divinas personas se hizo hombre; una sola entre las madres fué vírgen, pues uno solo entre los esposos habia de ser justo. Jesucristo se hizo hombre sin dejar de ser Dios; María fué madre sin dejar de ser vírgen; José fué esposo sin dejar de ser puro. Prodigio admirable es ver la divinidad y humanidad unidas en Jesucristo; la virginidad y maternidad reunidas en María; pero no lo es menos ver la paternidad y pureza reunidas en José, cabeza de esta familia; y si la encarnacion fué milagro de pura misericordia, y la concepcion en gracia de María milagro de la omnipotencia, José, esposo y puro, fué milagro de justicia. Y á no ser José un justo en eminente grado, ¿hubiese sido tan prudente, tan sábio y tan discreto en el cumplimiento de las obligaciones de su estado, y en los terribles apuros de su matrimonio? ¿En qué consiste la prudente justicia de los maridos? En amar en sus esposas

la fidelidad y la virtud. La de José consiste en amar la suya no obstante los contrarios indicios de su virtud y fidelidad. Es poco decir en elogio del santo patriarca que jamás pecó contra la ley de la pureza conyugal: es preciso añadir que escedió las mismas leyes, y segun el pensamiento de un escritor tan sábio como piadoso, mejor que Abraham, trató á su esposa como hermana, y en vez de marido, fué la guia, defensa, y esposo de su virginidad.

¡Qué alianza! prosigue el canciller de París, ¿cielos y tierra la vieron mas feliz? Una virginidad unida á otra virginidad; un hombre vírgen á una doncella sin mancha ni lunar; el mas santo de los hombres á la mas santa de las mujeres; un corazon purísimo á otro corazon inmaculado; ved, señores, renovado en este matrimonio el prodigio de la misteriosa zarza de Moisés. Lucen como casados, pero no prueban los incendios; cual astros brillantísimos se comunican la luz aumentándose el resplandor y belleza: todo es casto en este matrimonio, todo puro, todo santo, y si en la alianza de Adan y Eva dijo Dios que serian dos en una carne, en esta, dice Gerson, será una misma virginidad en dos cuerpos: sin embargo, la Providencia dispone que este esposo santo encuentre adversidades en el centro de las mayores delicias; tinieblas en la region misma de la luz; tempestad y borrasca en el puerto de la serenidad, para hacer resplandecer su discrecion y prudencia.

Llegó, señores, la época feliz anunciada por los profetas y ardientemente suspirada por los patriarcas y demas justos del Testamento Antiguo. El Ángel del gran consejo, el Príncipe de la paz, el Unigénito del Padre, que fué engendrado desde la eternidad, debia

tomar nuestra naturaleza humana para padecer en ella, y ofrecerse al Eterno, hostia pura, santa é inmaculada, para satisfacer por la culpa del hombre y abrirnos con su cruz las puertas del cielo. Para esto habia determinado hacerse hombre en el seno de una mujer, y que esta mujer fuese casada y santa como era necesario para recibir la dignidad de Madre de Dios.

María lo fué, y en tanto grado, que no ha habido ni habrá otra mas santa, pues si pudiera haber otra mayor, dice el angélico maestro, ella no fuera digna de ser Madre de Dios. Llegado pues el momento decretado en el consistorio de la Trinidad beatísima, un ángel le anuncia que ha concebido por obra del Espíritu Santo, y ved ya efectuado en María el misterio de la Encarnacion del Verbo. Vamos ahora á contemplar la prudencia y discrecion, la virtud heroica, la santidad de nuestro patriarca, en la situacion mas crítica de su matrimonio. ¡Qué turbacion ocasionó á su corazon el celestial embarazo de María! ¡Qué inquietud! ¡Qué agitacion en un alma tan tierna como virtuosa, tan amante como santa! Al tiempo mismo que en el seno de la vírgen maduran las esperanzas del mundo, que en el mismo abismo saltan de alegría los patriarcas y profetas viendo cumplidas sus esperanzas, solo José, privado de esta comun alegría, cree imposible lo que ve; está satisfecho de la pureza y santidad de su esposa; en su juicio está intacta, es pura, es inocente, pero descubre señales evidentes de su preñez. María es santa, pero á sus ojos es adúltera. Su corazon aboga por la virtud, pero su ojos deponen lo contrario. María es el ejemplar de la inocencia, pero se le representa como reo culpable y

pecadora. ¡Qué prueba, señores, mas terrible! ¡Qué lucha entre su corazon y su vista!

Y qué, ¿podia su noble y generosa alma, no ser combatida ni agitada cuando asegurado de su fidelidad y continencia, veia indicios vehementes de infidelidad y de lascivia? No os pregunto, señores, qué haríais vosotros en situacion semejante; vosotros que no podeis menos de concebir crímenes y pecados en vuestras esposas, á la menor sombra de incontinencia. Mi objeto es solo instruiros de la prudencia de este esposo en la ocasion en que todas las apariencias parecian deponer contra el honor de María. No es José una de aquellas almas tímidas á quienes sorprende las sospechas y congeturas; no es un hombre desconfiado, loco, que ciego de su pasion imagina que su enlace servir pueda de tupido velo á la lascivia de su esposa. No os pregunto que haríais vosotros á quienes domina esta pasion triste, funesta y sombría, en ocasion tan delicada, cuando el acusar á vuestras esposas de incontinentes y adúlteras es acusaros á vosotros mismos, herir su honor, el vuestro y el de vuestros hijos. Observemos de una vez, la conducta del esposo de María, y veamos qué hace para salvar su honor, pues aunque está inmaculada y purísima, no parecia serlo á sus ojos. Si María no era casta, no era digna de José; si lo era y habia concebido milagrosamente, José no se creia digno de ella. Si habia perdido la rica y preciosísima joya que debia amar mas que su vida, no debia tener por esposo un hombre incapaz de igual pecado y crimen. Si no obstante su preñez era vírgen, su concepcion ocultaba algo de celestial y divino, y José en este caso no se cree digno de ser depositario de tan pre-

cioso tesoro. Morar con una esposa olvidada al parecer de su amor y obligaciones, no lo permite su justicia: acusarla apelando al tribunal de los hombres, no lo permite su amor: consentir callando como cómplice, es el mas feo borron, la accion mas vil, cobarde, é indigna que puede hacer un hombre, ¡Pues qué hará! ¿Reprenderla? ¿callar? Si habla pone manchas en el sol; si calla se hace reo. ¡Combate extraordinario! José contra José, sus ojos contra su corazon, su justicia contra su misma bondad. Mensajeros celestes, ángeles de Dios, ¿qué esperais? Vosotros que anunciásteis á Abraham y Sara el nacimiento de un hijo que seria su felicidad y su consuelo, vosotros que anunciásteis el nacimiento de Sanson, vosotros que consolásteis á Zacarías é Isabel, anunciándoles que no obstante su avanzada edad, darian á luz un hijo que seria la alegría de su pueblo, ¿por qué no os apresurais á anunciar al bendito José que el Dios de Abraham, de Sanson y del Bautista, ha descendido de lo alto de su trono y que María su esposa le lleva en su virginal cláustro? Mas ¡ay! que el Dios de José quiere probar por algun tiempo su virtud como en otro tiempo probó la obediencia de Abraham, mandándole ofrecer á su hijo en holocausto, ¿Qué hará, pues, José? No temais: él es justo, es sábio, es prudente, sabrá callar. Ved aquí, dice el Crisólogo, el medio que encuentra la prudencia de este hombre justo: ahogar en el anchuroso estanque de su corazon la pena que le afligia. Medita separarse de su esposa y abandonarla en secreto para conservar su honor y no esponerla á los rigores de la ley. Aprended aquí vosotros los que estais ligados con el vínculo del matrimonio, aprended de la prudencia de José: vos-

otros que llevais siempre en vuestro corazon un suplicio; vosotros, mártires de vuestros celos, víctimas de una passion mas dura que el infierno y que os hace padecer anticipadamente las penas de los condenados, aprended de José el tino y la prudencia que ha de servir de guia para tratar á vuestros consortes. No prorumpe José en amenazas, blasfemias, imprecaciones ni gemidos; por el contrario, solo determina separarse de su esposa, esperando de Dios el consuelo y la aclaracion del misterio que ignoraba, y ved ya si tuvo razon en proponer á José el justo, discreto y prudente en la mas delicada de las tentaciones. Considerémosle ahora el justo mas humilde rodeado de honores y en la mas alta de las dignidades.

#### SEGUNDA PARTE.

Aquel Dios que segun la espresion del grande Bossuet, reina sobre todos los pueblos (1), se habia hecho hombre en las entrañas de una Virgen de Judá, para que tuviesen entero cumplimiento las predicciones de los profetas. Esta doncella escogida para tanta dignidad, adornada de tales virtudes y singulares carismas, cuales debia poseer para ser Madre del Verbo Divino, era María, la Esposa de José. Para el bendito patriarca se habia descorrido el velo del misterio. El sabe por revelacion de un ángel, que lo que nazca de María es obra del Espíritu Santo; sabe que ha de parir un hijo, y que debe llamarse Jesus.

(1) Bossuet, en su Historia Universal, tomo II, parte 3.<sup>a</sup>, cap. VIII.